

Las felonías del trabajo social. Del asistencialismo, a la academia de papel

Jesús Acevedo Alemán*

Resumen

Se podría afirmar que a lo largo de la historia del trabajo social ha habido traiciones o traidores como se le podría llamar al protagonismo o militancia profesional que alimenta aquellas prácticas tan cuestionables y censurables como el asistencialismo, el clientelismo, la corrupción, la educación bulímica, las academias de papel, el culto a los egos, entre diversos fenómenos que desvirtúan sus propios principios deontológicos. En tal sentido, el propósito del presente texto es reflexionar sobre algunas controversias, en las cuales se reduce al trabajo social a procesos de interacción y de servicio. Esto, más allá de propiciar una cacería de brujas intelectual o de moralismo dogmático, busca identificar áreas de oportunidad para una mejor praxis, acompañada de mayor congruencia y solidez referencial. Por lo anterior, la intención final del presente texto es generar incentivos intelectuales que nos ayuden a dinamizar nuestras posturas, reflexiones, capacidad de autocrítica, pero sobre todo, contribuyan a afianzar nuestras utopías, a la edificación de una identidad más clara y sólida que nos encamine a nuevos liderazgos, tan necesarios en una era planetaria de grandes desafíos.

Palabras claves: Asistencialismo, clientelismo, academia de papel, egos disciplinares, felonías en trabajo social.

Abstract

It could be stated that throughout the history of social work, there have been betrayals and traitors. What could be called the protagonism or professional militancy that fuels such questionable and reprehensible practices as welfare, clientelism, corruption, bulimic education, paper academies, the cult of egos, among various phenomena that distort their own deontological principles. In this sense, the purpose of this text is to reflect on some controversies, in which social work is reduced to processes of interaction and service. This, beyond promoting an intellectual witch hunt or dogmatic moralism, seeks to identify areas of opportunity for better praxis, accompanied by greater congruence and referential solidity. Therefore, the final intention of this text is to generate intellectual incentives that help us energize our positions, reflections, capacity for self-criticism, but above all, contribute to strengthening our utopias,

*Dr. en Política Pública, profesor investigador Universidad Autónoma de Coahuila, Saltillo | jesusaceve@hotmail.com

in the construction of a clearer and more solid identity, which direct us to new leaderships, so necessary in a planetary era of great challenges.

Keywords: Welfare, clientelism, paper academy, disciplinary egos, felonies in social work.

Hacia una introspección que nos fortalezca

A más de 100 años de que la disciplina de trabajo social se viene aquilatando, esbozando y construyendo a partir de sus experiencias, de su devenir histórico, de sus debates y fortalezas teóricas y conceptuales —que le han permitido albergar todo un nicho de protagonismos y de impactos en muchos sentidos—, se le ha distinguido por su capacidad para adaptarse y evolucionar, conforme la misma humanidad, en su consigna por atender sus necesidades y problemas. Al respecto, su misma naturaleza disciplinar, crítica y reflexiva, le ha permitido madurar en la medida que enfrenta la auto-crítica. Particularmente en temas inherentes a su misma cotidianidad que cimbran sus estados de confort, pese a lo lacerante que puede llegar a ser dicha crítica.

Reconocer que el mundo representa la maqueta de la mente y de las ideas nos lleva a un principio reflexivo que nos ayuda a identificar las áreas de oportunidad, así como los desafíos, donde el trabajo social ha lidiado en ocasiones con escenarios estoicos que lo dibujan como un ente expósito, que tiene que desempeñarse con carencias y falta de reconocimiento e insumos. Y como aforismo contradictorio, llegar a ser "optimista, frente a su mala suerte" decretando con sus acciones el orgullo y la fortaleza

que le caracteriza, abanderando el estandar-te de "ser intolerante, con la intolerancia", emprendiendo cruzadas frente a los que niegan el derecho a existir o contra los que no creen que sea posible que las cosas cambien, o frente a los infieles o faltos de fe que consideran que la utopía no se puede cristalizar.

El trabajo social se distingue por haber perdido el miedo en su camino y haber hecho consciente su responsabilidad y sus efectos en materia de compromiso social. El trabajo social se ha caracterizado por ese liderazgo que le ha permitido mantenerse pese a sus errores y desaciertos. A fin de cuentas, los trabajadores sociales son emancipados por sus virtudes de resistencia y valentía. También por su capacidad para sistematizar las experiencias personales y profesionales, que los han distinguido dándoles ese lugar y la posibilidad de sentirse parte de algo más grande, de una comunidad, sociedad o del mismo planeta.

Los trabajadores sociales se caracterizan por ser profesionales distinguidos por una unidad latinoamericana que en ocasiones es vista sólo a través de la llamada "cortina de nopal" o ese manto de los prejuicios y estereotipos de los latinos. Sin embargo, se debe reconocer que los trabajadores sociales latinoamericanos pueden ser caracterizados por la moda, ideología, cultura, lenguaje, referentes teóricos, necesidades, problemas,

procesos políticos simultáneos, realidades complejas emergentes, condiciones sociopolíticas o geografías económicas, entre otros aspectos. También por sus representaciones micro, regionales o contextuales, donde cada pueblo ostenta rasgos particulares que los hacen únicos, y que, a través de su lenguaje político, con el cual podemos empatizar o no, se dan a conocer sus posiciones, así como las dinámicas sociales que le han llevado a tener la presencia en la llamada sociedad civil o en los movimientos de protesta de cada pueblo.

El protagonismo del trabajador social entendido no sólo como la representación del pueblo, sino como la suma de expresiones de la voluntad y la congruencia basada en ideales de justicia social requerida en cada momento histórico, ha sido dado a conocer por los juglares científicos y académicos. Estos han descrito las crónicas de los vencedores y vencidos, así como la narración de aquellos procesos de brutalidad y barbarie, o las experiencias de los dramas sociales a lo largo de la historia, derivados de los procesos económicos, políticos, dictaduras, intolerancias o por aquellas desigualdades sociales aún latentes.

Recordemos que la realidad, como una obra de teatro, puede estar caracterizada por su cultura, música, poesía, artes, entre diversos elementos que contribuyen a la construcción de una identidad y representan, a su vez, ese almacén de imágenes o discursos que pueden apuntar de igual forma, en su exceso y corrupción, al analfabetismo funcional, alejando con ello, los estados de conciencia. Un rasgo que ha caracterizado al profesional del trabajo social ha sido el

mantenerse en su camino, el sendero que le apasiona. Sin embargo, se reconoce que, aunque puede llegar a tener discrepancias en lo público, aun se han mantenido en lo privado muchas de sus iniciativas, ocultas en las sombras. O en lo opuesto, sólo se ha dedicado a hablar desde el pulpito de las ideas, alejándose de las necesidades reales a atender en lo terrenal.

Comprender tópicos necesarios para acrecentar la reflexión es fundamental para la misma evolución donde la noción de lo moderno o lo contemporáneo, viene ligada con las experiencias de lo cotidiano, de las visiones globales, particulares, transversalizadas por las interacciones y estilos de vida, así como por la era tecnológica que contribuye en los estados de bienestar y en la calidad de vida, pero de igual forma está contribuyendo en la enajenación y control social. Sin olvidar que el estancarse en los mismos discursos, y no ser autocrítico, representará la muerte por tedio, lenta, aburrida, y sin ningún sentido. Para evitarlo, debemos rescatar la memoria histórica como parte del archivo de los acontecimientos de los pueblos y, sin rubor ni tibieza, se deben hacer los planteamientos necesarios, asumir las críticas y fundamentar cada una de las posiciones que se puedan llegar a ostentar.

Reflexionar sobre las aparentes "causas perdidas", nos dará aquellos incentivos que la propia existencia de la "causa" origina, y a través de los análisis semióticos, como instrumentos de observancia de la realidad, nos permitirá identificar las fortalezas y áreas de oportunidad de cualquier contexto y comprender las leyes básicas de las conductas vigentes en dicho contexto.

Ahora bien, se debe reconocer que en el imaginario colectivo muchas personas no conocen esta profesión o su entendimiento es reducido a una serie de actividades como: encuestador, "quita niños", asistente de otro profesional. También están los que han posicionado a los trabajadores sociales como aprendices de todo y maestros de nada que, por la condición interdisciplinar que los destaca y habilita para comprender fenómenos de forma holística, por visiones prejuiciosas, malas prácticas o analfabetismo funcional, corrompe las posiciones reales de la disciplina (Gómez, 2013).

Impresiones erróneas del campo de estudio e intervención son alimentadas por los medios visuales, como la televisión, las series o cualquier otro medio de difusión en donde se personifica y sexualiza a la disciplina como una "trabajadora social, con un *outfit* gris y sin personalidad", cuya única labor es la de: quitar la custodia de niñas y niños a sus familias, repartir recursos discrecionalmente, promover instrumentos de control estatal, mantener el *status quo* y el clientelismo, ser los sirvientes del sistema, entre diversos estereotipos (Gómez, 2013) que son afianzados por visiones dogmáticas en el campo del pensamiento como lo instala Foucault (1999) al describir las aparentes funciones del trabajo social que, según el mismo filósofo, se inscriben en el interior de una gran función que no ha cesado de adquirir nuevas dimensiones desde hace siglos: la función de vigilar a los individuos y corregirlos en dos sentidos del término, castigarlos o pedagogizarlos.

Existen visiones acuñadas del trabajo social que, sin lugar a duda, antagonizan

con los principios deontológicos de la misma disciplina y llegan a ser ofensivas y lacerantes. Estas hay que refutarlas con seriedad, pero de igual forma se deben asumir con humildad en la medida que se reconozca las mismas actitudes y prácticas profesionales no sanas, que nos han llevado a legitimar dichas cosmovisiones (Gómez, 2013). Por lo anterior, y sin ánimos de ser un crítico del trabajo social, sino buscando generar incentivos para un pensamiento eróstrato que dinamice nuestras posturas, nuestras reflexiones, pero sobre todo afiance nuestras utopías, debemos revisar algunas de las controversias en las cuales se ha vinculado al trabajo social con sus procesos de interacción y sus servicios, que más allá de propiciar una cacería de brujas, posibilite el identificar áreas de oportunidad para una mejor praxis, acompañada de mayor congruencia y solidez referencial.

Todo ello bajo las premisas de buscar en todo momento la defensa de la indiferencia con que se aborda aquello que no es visible, pero tiene afectaciones sobre las personas. Como una especie de psicoterapeuta del alma nacional que se encamine a sanar el espíritu de los pueblos. Donde nuestro trabajo en su conjunto sirva para alguien más y sea distinguido por la constancia y persistencia en base a los talentos; que pueda provocar reflexiones que nos eleven hacia un genuino consenso cultural, hacia la contigüidad de las ideas que nos fortalezca y sumen constantemente.

El asistencialismo y clientelismo: dos lados de una misma moneda llamada corrupción

El asistencialismo es considerado como práctica y conjunto de actividades sociales que históricamente han implementado las clases dominantes para paliar mínimamente la miseria que generan y para perpetuar el sistema de explotación. Dicha práctica, ha constituido la esencia no sólo de las formas de ayuda anteriores a la profesión, sino también del propio trabajo social, persistiendo en la actualidad. Según Alayón (1980) diversas plumas se han dedicado a caracterizar y precisar las estructurales limitaciones de dicho fenómeno, que álgidamente se debatió durante la década de los años 60 y 70 en el conocido movimiento de reconceptualización donde se reflejó un importante avance en la redefinición de la misma profesión. Entonces esta se robusteció con miradas críticas, teóricas y metodológicas, buscando desmarcarse de una concepción arcaica y sacralizada, centrada en emular el asistencialismo. Sin embargo, pese a que dicho movimiento contribuyó a lapidar tal práctica desde sus discursos, fundamentos y críticas a lo largo de los años, no fue suficiente la literatura, ni las cátedras generadas en los ámbitos de la práctica, instalándose el asistencialismo como un germen que carcomió las ideas y principios de la misma disciplina.

Reconociendo que el asistencialismo no es una excrecencia propia del trabajo social, sino del sistema imperante que lo alimenta y le posibilita continuar y multiplicarse fomentando más los problemas sociales, las necesidades y las brechas de desigualdades para entronar el control y la manipulación

mientras no haya cambios estructurales que hagan innecesaria la presencia del control del estado, el asistencialismo seguirá teniendo vigencia como instrumento al servicio de los intereses de las clases dominantes (Alayón, 1980).

Reconociendo que uno de los mayores desaciertos del movimiento de reconceptualización fue haber negado el potencial del asistencialismo sin recuperar la perspectiva de "lo asistencial", aspecto imprescindible del trabajo social (Alayón, 1980), se fue alimentando por debajo de nuestras cobijas y mutando en sus formas de operar y de involucrarnos, hasta el punto de corromper a los profesionales de atención social. En la actualidad, se reconoce que ya no es suficiente dentro del trabajo social el lamentarse o flagelarse ni continuar con la trillada y mera crítica al asistencialismo. Ni tampoco sólo caracterizar y reconocer el papel y función del Estado que, en representación de los intereses de los grupos dominantes, implementa políticas sociales orientadas a la reproducción de la fuerza de trabajo.

El rumbo tiene que cambiar y debemos centrarnos en reconocer que "no hay trabajo social", si este no se vincula con los sectores populares que demandan respuestas concretas ante las carencias brutales que padecen. Si el trabajador social "romantiza su práctica" y no es consciente de que puede llegar a ser un instrumento del Estado controlador, no podrá identificar con claridad sus márgenes ético-morales de actuación profesional donde debe tener presente que el operar en la creencia de que la acción social sólo aletarga indefectiblemente al Estado y a sus políticas clientelares. El trabajador social

debe alentar la misma práctica social y actuar bajo la exacerbación y en el desarrollo de la propia lucha, así como por los derechos no reconocidos, lidiando a la par con la frustración y en el inmovilismo social que, a fin de cuentas, es una consigna presente en las dinámicas sociales y humanas.

"Nadie quiere resignar lo conquistado, ni siquiera lo meramente recibido", de ahí que el trabajo social debe evitar quedar enmarañado en la teorización unilineal de la preservación de los intereses de las clases dominantes, a partir de la implementación de sus políticas sociales clientelares o mesiánicas que, como venta de la "tierra prometida", lo único que reproducen son las miserias y carencias sociales. De aquí que se tendrá que desprender de la rápida tentación de asociar con asistencialismo, con demagogia y con populismo, cualquier proyecto de servicios profesionales. Al hacerlo, los trabajadores sociales podrán demostrar agudeza y capacidad para operar idóneamente ante la dialéctica existente entre la concesión de reivindicaciones por parte de los grupos dominantes y la conquista de reivindicaciones por parte de los grupos dominados (Alayón, 1980).

Es por ello que la conciencia de la situación, el carácter y los fines de la profesión deben ser el punto de partida desde el que los trabajadores sociales se puedan aproximar hacia un adecuado planteamiento de las auténticas transformaciones sociales vinculadas a la acción creadora de las masas. Debe entenderse que la práctica asistencial bien orientada, puede contribuir a impulsar la organización y la lucha por otras reivindicaciones. Habrá que tener reservas y evitar pisar el umbral del asistencialismo que sólo

pretende inhibir el Estado de bienestar social con la entrega de placebos, limosnas de atención social o prótesis de calidad de vida (Alayón, 1980).

En el marco del desarrollo político de los países en vías de consolidación democrática existe un concepto que es considerado prácticamente un lugar común en los análisis y estudios sobre los problemas políticos y sociales de algunos países como el nuestro: el clientelismo. Dicho concepto ha sido estudiado desde diferentes disciplinas tales como la antropología, la sociología y la ciencia política convirtiéndolo, en definitiva, en un concepto pluridisciplinar. Según Audelo (2004), entre dichas materias el consenso ha llevado a situar tal constructo como aquellas relaciones informales de intercambio recíproco y mutuamente benéfico de favores entre dos sujetos, basadas en una amistad instrumental, desigualdad, diferencia de poder y control de recursos, en las que existe un patrón y un cliente. El patrón proporciona bienes materiales, protección y acceso a recursos diversos y el cliente ofrece a cambio servicios personales, lealtad, apoyo político o votos.

Es preciso señalar que dentro de las relaciones clientelares que se pueden establecer en los procesos de búsqueda de bienestar y la instrumentación de la política pública, hay todo un tema de reflexión, particularmente en la manera que se puede relacionar el trabajo social donde al establecer vínculos tanto formales, como informales, se participa en la instrumentación y asignación de los recursos, así como en las definiciones de los términos de los intercambios. De tal forma que el clientelismo desde una mirada

política se asocia en la mayoría de las ocasiones con la corrupción. En tal dirección Audelo (2004) advierte que las prácticas del clientelismo son una realidad cotidiana en nuestra sociedad, enmarcando la dificultad por desprenderse de dichas prácticas, ya que se encuentra arraigada en la misma cultura e idiosincrasia, sobre todo, en aquellos contextos donde persiste la falta de respeto a las reglas formales o morales, representando un caldo de cultivo ideal, para su sobrevivencia. Es por ello que si efectivamente el trabajo social quiere vivir y contribuir para que exista la democracia, debe no sólo reflexionar, sino actuar frente al trato con un sentido utilitarista y contribuir a potencializar los talentos del mismo individuo en búsqueda del tan anhelado bienestar de vida.

Un trabajo social libre de corrupción

Entender e identificar que la acción social mantiene una estrecha relación con los aparatos de Estado, y que esta a su vez responde a intereses de los sistemas económicos imperantes, debe representar el a, b, c de la tarea de la misma definición de la práctica del trabajo social. De igual forma, el comprender que los factores macroeconómicos y geopolíticos, entre otros intereses, vienen determinando los estados de obediencia y disciplina de las consciencias de los pueblos, debe alimentar nuestro aforismo disciplinar al ofrecernos cierta tranquilidad al ser "optimista, frente a la mala suerte".

En tal reflexión, el poder identificar que, en la medida en que los trabajadores sociales consigan suavizar los peores efectos de las grandes desigualdades materiales y eviten que se anestesia a la población frente

al origen real de sus problemas, será una manera entre muchas otras de ir delimitando los efectos de un "capitalismo salvaje", basado en las competencias desleales y de intereses sin escrúpulos (Gómez, 2013). Donde el desarrollo del Estado de Bienestar es, en parte, el precio que el capitalismo está dispuesto a pagar a cambio de la estabilidad política. Al contener la insatisfacción y el malestar, los trabajadores sociales son una de las muchas profesiones retribuidas por el Estado que ayudan a sofocar los conflictos inherentes a la sociedad capitalista. Estas posturas pueden detonar dos bolas de nieve. Por un lado, representar un aliciente para un trabajo social complaciente que otorgue con dichas acciones el diezmo de su contribución a los estados de bienestar. Por otra parte, representar el caldo de cultivo intelectual que oriente a la resignificación de las posiciones intelectuales y profesionales hacia un trabajo social crítico y potente teórica y metodológicamente que eleve su protagonismo y liderazgo (Howe, 1999).

Bajo el entendimiento que el politizar maquiavélicamente a las personas, con supuestos aires democráticos, donde se les congrega en masas, como rebaño sólo para las fotos, o vistas, o activismos plásticos que buscan *likes*, o militancias que quieren engrandecer el culto a la persona, no a las causas, es lo que debemos evitar y dejar de legitimar; con nuestra supuesta simpatía o afiliación, por el simple hecho del miedo a perder el trabajo, o alguna promoción laboral. No olvidemos que al hacerlo estamos contribuyendo a caricaturizar la política y satirizando la realidad con supuestas obras

de beneficencia, cuando abiertamente se ve el clientelismo.

Hay que reflexionar sobre el papel histórico que se debe asumir, más allá de lo que dicen los medios visuales o escritos hegemónicos que suelen retratar a una sociedad no pensante y conformista. El trabajo social ha demostrado a lo largo de su historia que puede revertir dichos estados de confort y al hacerlo cambiar esa visión estereotipada de un trabajo social gris que sólo se encarga de hacer visitas domiciliarias u orientar sobre trámites administrativos.

La disciplina, ante su perenne reflexión sobre temas que la pueden desvirtuar, estará asumiendo un pago de factura con altos intereses al participar en aquello que, de entrada, va en contra de sus propios principios y simboliza el camino para su extinción. El luchar frente a ese gran "Ojo de Sauron", como alegoría del control estatal y enajenación social, es una tarea cotidiana al igual que el análisis de la sintaxis de la misma disciplina la cual se ha vinculado siempre con la construcción de su objeto, la delimitación del sujeto en sus necesidades y problemáticas circunscritas en un tiempo y espacio histórico. Y al hacerlo defenestrar la visión romántica de un trabajo social basado en la caridad, en la ayuda, en las acciones clientelares bajo visiones de un asistencialismo utilitario.

La historia narra siempre más de dos versiones de los hechos: lo que sucedió o las verdades legítimas; la edición de las verdades que los medios de comunicación maquillan para generar la opinión pública; las verdades prefabricadas y que son diseñadas para manipular las opiniones y visiones, entre otras. Todas esas versiones se

alimentan artificialmente de las verdades y se controlan y legitiman a partir de las mismas políticas públicas y su estructura (leyes, diputados, instituciones, senadores, gobernadores). Al ser conscientes de ello, que sería el principio del ostentar un pensamiento único, podremos distinguir el discurso de *marketing* social y de intereses económicos, que anuncia el poder adquisitivo que todo mundo puede llegar a tener frente a esa búsqueda de la igualdad. Igualdad entendida como aquella que ofrece las garantías, los derechos y demás condiciones políticas, económicas, sociales, culturales, tecnológicas que contribuyan a los estados de bienestar y paz social.

Entre la militancia disciplinar y el pensamiento fáustico

La llamada modernidad, en apariencia se caracteriza por el auge de la crítica, no por la generación de más dogmas, sin embargo, dicha aseveración no se podría hacer de manera categórica. Por ejemplo, en la era pretecnológica se caracterizaba al sujeto por su calidez y formas de interacción orgánica al margen de lo digital o tecnológico, mientras que en la era tecnológica la calidad en las interacciones humanas se percibe como un conjunto de indicadores a cubrir, número de *likes* en una plataforma o red social, número de seguidores, o cantidad de vistas en alguna foto de su muro digital. La modernidad se caracteriza por privilegiar los indicadores por encima de los valores.

En el mismo tenor, si se reflexiona sobre la militancia, entendida como aquella acción de militar, donde se brinda el apoyo a una causa o proyecto, o que figura en un parti-

do o colectividad, o en alguna determinada organización (RAE, 2023), el trabajo social ha sido expuesto a prácticas como el falso sindicalismo "charrismo", o movimientos obreros organizados al servicio de los grupos hegemónicos, que caricaturizan las voluntades del pueblo, donde se privilegia a la censura, como forma de evitar la incitación, la reflexión o el pensamiento crítico.

La militancia del trabajo social ha estado caracterizada por su misma identidad y por sus dinámicas transdisciplinarias que le han permitido abrir caminos no sólo hacia su delimitación como disciplina científica, sino como una profesión con investidura política, de ideales firmes y convicciones inquebrantables; dinámicas que le han posibilitado la conformación de un cuerpo teórico que ha venido a superar la mera tradición tecnocrata o tecnológica, dando respuesta al menos a tres desafíos: la conformación de procesos investigativos inclusivos y colaborativos con los sujetos; la reversibilidad de técnicas de diagnóstico e intervención en recursos de investigación y la inclusión de lo simbólico como dimensión fundamental e inseparable de las prácticas cotidianas y las estructuras sociales de los sujetos de estudio e intervención del trabajo social, entre diversos aportes (Ortega, 2015).

Contribuciones que le han abonado a sus posiciones políticas y militantes, que a través de la sistematización de experiencias o de la práctica de intervención profesional en distintos campos de su actuación, como proceso vigente, le han sumado a la construcción social del conocimiento. De igual forma, han posibilitado la delimitación de las particularidades y atipicidades, avanzando con ello en

la comprensión de su mismo campo de intervención, mejorando los acompañamientos de los procesos sociales en los correspondientes momentos históricos. Es por ello que al hablar de militancia, el constructo está ligado íntimamente a dicho principio, es decir, hacia la misma práctica, la cual le ha permitido el avanzar en la fundamentación de su intervención profesional, con conocimientos ideológicos, políticos, epistemológicos, metodológicos y contextuales (Tibaná, 2009).

El trabajo social capitaliza para recuperar, clasifica y consolida la información y, a su vez, le reconstruye vivencias y las proyectar mejor hacia el futuro basando sus liderazgos y protagonismos en la actualidad, en su capacidad de gestión del conocimiento, a partir de las mismas experiencias (Ghiso, 2008) que le permiten avanzar en el sueño de consolidar una profesión más pertinente, relevante y acorde con nuestros tiempos y condiciones (Cifuentes, 1999). Con ello, afianza su militancia en la medida que ha logrado sistematizar sus vivencias, visibilizando así el terreno recorrido y dando crónica del desarrollo profesional y la consolidación disciplinar (Cifuentes, 2022).

En tal dirección Alayón (1980) afirma que al hacer un balance plural sobre la reconceptualización hay que analizar al trabajo social en el contexto de los procesos sociales, económicos y políticos. Hay que rescatar el papel protagónico que representó el mismo profesional en el desarrollo histórico de los países, donde siendo respetuoso de la misma historia y sus hechos, que pueden llegar a ser contradictorios, le permitieron al trabajo social construir visiones históricamente situadas de los fenómenos

y sujetos como resultado de sus relaciones sociales. De igual forma al profundizar, le permitió el estudio de los vínculos entre la profesión y la sociedad, reconociendo que cada momento histórico está dotado de instrumentos de análisis y de transformación, distintos y superadores, que no pueden olvidarse. Kisnerman (2005), al reflexionar sobre la militancia del trabajo social, sostiene que esta se vincula directamente a sus hechos históricos y los requerimientos que se vienen trazando en los propios pueblos que ofrecen alegorías de la disciplina pero también retratan desaciertos que han llevado al trabajo social hacia contradicciones internas que le inhiben la posibilidad de su evolución.

Bajo dicho orden de ideas, Netto (2005) reflexiona que la reconceptualización no sólo heredó el potencial en su desarrollo profesional. También contribuyó en materia de militancia hacia una mejor explicación de la dimensión política, desde su acción profesional, necesaria para cualquier intervención social. Permitió un posicionamiento de una nueva concepción de la unidad latinoamericana que explicitó el reconocimiento de la necesidad de articulación autónoma profesional continental que respondiera a problemáticas comunes. En esta visión se instala un pluralismo profesional que rechaza ser situado como agente subalterno técnico puramente ejecutivo y pide ser visto como un profesional de la intervención con grandes fortalezas teóricas-metodológicas (Cifuentes, 2022).

Sin embargo, se reconoce que frente a una cierta polarización de los discursos y deslegitimación de posicionamientos políticos, se ha dificultado concretar diálogos que

proyecten la profesión en algunas entidades o países, evidenciando dificultades para cristalizar proyectos de formación y robustecimiento teórico y metodológico disciplinar. Cifuentes (2022) indica que durante el movimiento de reconceptualización muchas propuestas no cobraron visibilidad ni en las discusiones profesionales, ni en los procesos de formación, aunque en su esencia ética, epistemológica y metodológica continúan vigentes. Se reconoce que dicho movimiento no fue un episodio histórico olvidable, sino que ha contribuido en la búsqueda de un trabajo social latinoamericano, fortalecido en su unidad y en la búsqueda por alcanzar nuevos niveles de desarrollo y prácticas destacadas por militancias más fortalecidas y alfabetizadas con potentes referentes teórico-reflexivos (Alayón, 1989).

Dichas premisas han sido minadas por el pensamiento fáustico en el cual se abandonan los principios y valores disciplinares para conseguir algún tipo de beneficio. Línea delgada al momento de representar los intereses entre los empleadores y grupos en situación de riesgo o menos favorecidos. Dicha línea delgada compromete la ética de los profesionales al momento de la gestión de servicios, en donde los empleadores, los grupos hegemónicos, o de control y poder, tienen claros sus intereses y estos no buscan empoderar al sujeto, o contribuir a la generación de un estado de conciencia política, sino fomentar prácticas clientelares.

Por ejemplo, cuando se reflexiona sobre la "realidad" que puede atravesar un país como México, se dejan entrever prácticas de sometimiento, manipulación, saqueo de recursos, sin memoria histórica, sobreexplo-

tación de la mano de obra, descuidos de la atención social, desigualdades y brechas, falta de educación y atención a las necesidades sentidas y profundas, pobreza (alimentaria, económica, educativa). A su vez, se observa un desencanto por la lucha por la democracia, un hartazgo colectivo, una sociedad civil sin rumbo, eferescencias viscerales que encabezan las causas, desinformación de los movimientos globales, vastas incompetencias gubernamentales, entre otros episodios que detonan una catarsis en la sociedad en vez de un deseo por luchar o participar en los procesos para edificar estados de bienestar y mejora en la calidad de vida. Aquí lamentablemente los esfuerzos del trabajo social han sido insuficientes por revertir dichas visiones. Por ello se requiere de un replanteamiento, o al menos situar la reflexión en puntos neurálgicos que permitan reorientar los caminos de liderazgo y militancia disciplinar.

Renovando las utopías del trabajo social

Ante la premisa de qué fue primero, las crisis o las soluciones ineficaces, el trabajo social se debe pronunciar como una disciplina científica que ofrece alternativas y estrategias de solución viables, donde se consideren todos aquellos factores intervinientes, evitando sugerir tímidamente las acciones que pueden solventar las brechas existentes. Más allá de una homilía, discurso o sermón moralista, el trabajo social debe reconocer que se tiene que ser autocrítico e identificar en dónde se ha participado y contribuido para que el estado reproduzca sus prácticas clientelares o paternalistas. Esto sin ánimos de victimizarse, frente a los hechos, y asumiendo su propio papel histórico de forma que le

permita potencializar las soluciones. Pensar que "se es minoría, de las minorías", no contribuirá en nada. Por el contrario, el trabajo social se debe enorgullecer de su propio pasado que lo desafía a asumir nuevos retos en el presente.

Los trabajadores sociales tendrán que anteponer la inteligencia, como aparato de comprensión simultánea del mundo que se vive y reconocer las emociones como alimento o estímulo de las cruzadas. Que se alienten las militancias disciplinadas, en el gran juego de las fuerzas políticas, bajo el entendido de que "se gana al no morir, al persistir. El rebelde gana con el simple hecho de persistir y en esa medida va erosionando al poder, cimbrándolo con su simple presencia y constancia.

Se tendrá que combatir a aquella sociedad que piensa que los valores, la identidad, las convicciones, los ideales, y los principios son algo "superfluo", y que ha encumbrado como tótem del mundo, aquel con una mirada globalizada, en la cual, todo debe aportar al producto, no a la esencia del sujeto. Sin olvidar que el conocer nuestro escenario, cuestionarlo, y reflexionarlo, es como tener "una llave de una puerta que aún no se construye, pero al abrirla y cruzarla, nos llevará a un mejor escenario", sobre todo al reconocer que, ante las dificultades y adversidades, hay que quedarse y aprender para evolucionar, renovando en esa medida nuestra propia utopía.

De la identidad, a la academia de papel

No siempre los discursos científicamente puros, o socialmente exactos son validados en el trabajo social. En ocasiones representan

actos de decapitación del espíritu científico o vocacional que cimienta el crecimiento de la misma disciplina. Se debe tener cuidado de los sofismos dentro del mismo campo de reflexión de la profesión donde se pueden estar ofreciendo argumentos o raciocinios falsos, o formulados con la finalidad de inducir al error, o a la confusión o caos. Un ejemplo clásico es cuando se anteponen las creencias, los usos y costumbres, por encima de los derechos humanos, práctica instalada culturalmente a través del control, el terror, de la violencia, presión social o mediante agresiones de todo tipo.

Estas premisas no son ajenas en el campo de la formación de trabajadores sociales. Sobre todo al confrontar las ideas clásicas frente a las contemporáneas del "ser" y "deber ser" de los mismos profesionales, o cuando se habla de la construcción de identidad, la cual puede ser vista como un proceso en doble vía. Por un lado moviliza al cambio pero también busca la preservación de rasgos distintivos, hasta cierto punto dogmáticos. Por tanto, en dicha premisa dialéctica, se hace fundamental articular el ser, el hacer y el deber ser de manera conjunta, lo que implica comprender no sólo la historia profesional, sus rupturas, sus momentos más significativos y el rol ejercido por las ciencias sociales, sino articular toda una reflexión que posibilite una deconstrucción, construcción o reconstrucción o reingeniería si se quiere ver así de la misma presencia disciplinar. En donde, según Kisnerman (1998), al hacer dicho ejercicio dialéctico posibilitará el edificar en mejor medida, no sólo a la misma identidad, sino al tan anhelado empoderamiento de la profesión.

En similar dirección, Arroyave y Chavarría (2013) sostienen que los momentos históricos vividos al interior del trabajo social, le han posibilitado construir el ser, el hacer y el deber ser, así como delimitar sus formas de operar y los significados en la construcción de conocimiento, ofreciendo diversos sentidos y razones que le confieren un reconocimiento o identidad. Entendida por los mismos autores como esa construcción propia que tiene relación con su protagonismo en los procesos de intervención profesional. Sosteniendo que la fundamentación en el trabajo social no sólo reivindica su ser, su hacer y su deber ser, sino también genera un cambio en la visión del otro, llámese cliente, usuario o sujeto de atención profesional, el cual no se debe considerar como un simple depositario de la intervención, sino como el protagonista central para el cambio dado que aparece en la sociedad como un sujeto con capacidad de reflexión y conciencia.

Durante determinados periodos en la historia del trabajo social se han realizado múltiples preguntas en torno a su misma identidad y se han encontrado respuestas, con base en argumentos referidos en una línea teórica que le han permitido unir lo polifuncional al interior de la profesión. Esto, según Arroyave y Chavarría (2013) le ha exigido contrastar el ser, del deber ser, generándole rupturas en sus formas de pensamiento y modelos mentales construidos. Por ejemplo, desde la academia se han identificado componentes que como arma de dos filos han contribuido en fortalecer el mismo constructo de identidad, pero en su opuesto, han desvirtuado a la misma esencia del entendimiento del profesional como

es al momento que se busca integrar la investigación en su cuerpo disciplinario en un esfuerzo por alcanzar al resto de los profesionales de las ciencias sociales y humanidades que, en toda la región latinoamericana, viene realizando un trabajo reflexivo para lograr investigaciones cualitativas, complejas y acordes con las necesidades de comprensión, comunicación y participación que tienen los sujetos de estudio e intervención social (Ortega, 2015).

Sin embargo, al hacerlo el trabajo social puede quedar perplejo –confundido– ante los vertiginosos cambios e innovaciones que las sociedades contemporáneas arrastran, contribuyendo a una crisis existencial entre ser un científico social o ser un profesional especializado en la intervención social (Vélez, 2003). De este modo, la disciplina debe vivir dos procesos paralelos. Por un lado, el incorporar la búsqueda de conocimiento desde parámetros éticos y transformadores y, por otro, encontrarse epistemológicamente con los nuevos paradigmas vigentes que demandan “un análisis desde la complejidad” (Morin, 1990), basado en un cambio de miradas sobre los sujetos para transformarlas, integrando revisiones deconstructivas, abiertas y reflexivas de los propios conceptos y definiciones, lo qué es y puede ser posible, en el campo de actuación profesional, en la medida que se atreva a dismantelar las fronteras disciplinares, así como en la asunción de la subjetividad y la incertidumbre como variables permanentes e inevitables, en pro de la generación de nuevos conocimientos de frontera, so pena que ello puede detonar crisis en la misma construcción de identidad (Ortega, 2013).

En palabras de Sousa (2003), al adentrarse el sujeto en la construcción de su identidad es inevitable el rozar o trastocar la misma subjetividad del sujeto, así como la cuali/cuantificación de las cosas en sustitución del rigor encorsetador que lo único que hace, es estancar al mismo sujeto. Es decir, el centrarse en ir incorporando nuevas miradas de los sujetos/objetos, que no llegan a ser tan ajenas, dado que de alguna manera la práctica profesional y las fuentes de apoyo teóricas y científicas le han posibilitado ir conformando todo “un corpus complejo y transdisciplinario” (Quiroz 2010) hasta el punto de que, en ocasiones, no se asume completamente el paso de profesión a disciplina. Al no hacerlo, el profesional se queda fuera de un posible encuentro de la comprensión social la cual considera “transformaciones contextuales, teoría social, enfoques epistemológicos, perspectivas éticas y valóricas” (Matus 2002) desde una conformación compleja como parte de nuestro ser y quehacer (Ortega, 2015).

Para ello, la vigilancia epistemológica contempla el re-pensamiento de qué somos, qué hacemos, cómo lo hacemos, por qué lo hacemos y cómo nos vemos en prospectiva con las ciencias sociales y la sociedad misma.

Según Cifuentes (2009), la principal tarea del trabajo social es pasar por la reconceptualización del objeto en la dinámica de cambios y condiciones sociales y resituar la crisis de la praxis en el mundo de la crisis misma de la ciencia, como dinámica en torno a los paradigmas de las ciencias sociales. Al hacerlo, se estará detonando la redefinición de su relación con el objeto y los sujetos, lo que contempla a su vez el reconocimien-

to de los sistemas teóricos, conceptuales, enfoques epistemológicos, así como los referentes metodológicos en lo que se abordan las distintas dimensiones de la misma práctica profesional tanto para la intervención como para la investigación (Camelo y Cifuentes 2006; Ortega, 2015).

Deseducando al trabajo social

Lo anterior está estrechamente vinculado con la idea de que la educación proyecta una nueva visión de la docencia así como de la gestión del conocimiento profesional. Los formadores de trabajadores sociales son convocados a trabajar en equipo y se les pide que en los consejos técnicos diseñen, implementen y evalúen proyectos de mejoramiento para sus centros educativos. A su vez, se les demanda que enseñen un currículo más exigente a un grupo más diverso de alumnos que llegan a las aulas con intereses, motivaciones y experiencias de vida, frecuentemente, muy distintas a las expectativas de sus profesores. Ya no basta con enseñar lo que el marco curricular ha establecido, también hay que entregar evidencias de lo que los alumnos han aprendido, lo que se les enseñó y la calidad del propio desempeño docente (Moreno, Pérez y Martínez, 2020). Esto ha derivado en la generación de diversos textos que narran las experiencias formativas y la evaluación de los procesos de aprendizaje. En tal sentido, se pueden encontrar cada vez más publicaciones sobre el tema de las conductas no éticas en las universidades y en la investigación científica donde uno de los aspectos más importantes que estos autores resaltan es que este tipo de conductas no sólo perjudica a quienes

las cometen, sino a la propia credibilidad de la enseñanza. Según Hirsch (2012), dichos textos representan una fuerte llamada de atención para combatir lo que aparentemente son comportamientos aislados, que según los infractores y los que ocultan esos hechos, tienen poca repercusión. La realidad es que las malas conductas afectan seriamente la imagen de la universidad, de la ciencia, de los académicos y de los estudiantes, así como la construcción del deber ser frente al ser, corrompiendo la identidad de los propios profesionales.

Marbán (2013) sostiene que el sistema educativo actual en varios países de Latinoamérica, incluyendo México, así como los diseños curriculares que forman trabajadores sociales, son obsoletos y se requiere romper con ellos o al menos rediseñarlos. Señala que lo que ocurre en las aulas en la actualidad es que la educación no funciona porque la gente no aprende debido a un nuevo fenómeno denominado la "educación bulímica", entendida como educación centrada en atiborrar de datos, llenar el cerebro de información innecesaria que sólo satura al sujeto y que al finalizar el semestre, o el curso, o el examen que lo acredite, desecha toda la información, vaciándose como bandeja de datos innecesarios.

La educación bulímica presente en la formación de cuadros profesionales, incluyendo en la formación de los trabajadores sociales, obliga al estudiante a alimentarse con un festín de datos que debe memorizar y utilizar en algunas tareas definidas que lo conducen siempre a una única "respuesta concreta" previamente establecida por el profesor o por el libro de texto. Tras este uso,

los datos son "purgados" para hacer sitio al próximo festín. Es por ello que, al replicar la educación bulímica por generaciones, lo único que se refuerza es la formación endeble y superficial de un "deber ser" bajo un enfoque parcial y de corto alcance que, a fin de cuentas, a mediano y largo plazo no ofrecerá ningún tipo de beneficio (Hernández, 2010).

En tal sentido, Montaña (2004) considera que al formar profesionales con identidad y sentido ético frente a la educación bulímica, lo único que se promueve es el hartazgo así como un conjunto de efectos negativos en los comportamientos éticos como pueden ser: el de confusión, desorientación y malas prácticas en el quehacer disciplinar así como en la generación de desconfianza y escepticismo sobre la misma formación, en función al papel que esta tiene en la sociedad y frente a los empleadores. Así, los profesionales al egresar se sienten atrapados ante un sistema burocrático de gran exigencia, de competencias ineficientes o subvaloradas que les genera tibiezas en la búsqueda de empleos o en el desarrollo de proyectos emprendedores (Medina, 2015).

Cuando se burocratiza la enseñanza se centra entonces en la llamada "formación puntitis" que son el conjunto de actividades escolares, académicas y científicas centradas en acumular el máximo de puntos por "productos académicos" como reportes, *papers*, constancias, reconocimientos, cursos aprobados, cantidad de alumnos tutorados, entre otros activos, que se podrán canjear como en "feria de pueblo", por algún suvenir, "muñeco de peluche" o insumo económico, encumbrando con ello, la llamada "academia de papel" (Medina, 2015).

Práctica cada vez más común desde que se burocratizaron la ciencia y la academia, derivada de los sistemas oficiales y gubernamentales de evaluación del desempeño docente, profesional, académico y científico; organismos y mecanismos que si bien estimulan la "calidad del desempeño formativo" lo han entendido en un sentido erróneo, centrado en lo numérico, no tanto en el cumplimiento de los mismos principios deontológicos de la enseñanza/aprendizaje y de la formación de nuevos profesionales. El trabajo social no se ha excluido de dicha práctica, lo que le ha minado, no sólo en su credibilidad, sino en su reputación como disciplina humanística centrada en contribuir en los estados de conciencia, bienestar, libertad y justicia (IFSW, 2023).

Por lo anterior, se puede sostener que la situación educativa actual atraviesa una crisis no sólo en el ámbito de la formación de los trabajadores sociales y en la construcción de sus identidades, sino en toda la estructura educativa en todos los niveles y entidades.

Medina (2015) dice que la tendencia cada vez mayor es la búsqueda de la sistematización bajo fines lucrativos fomentada por políticas educativas institucionales de evaluación de méritos que incentivan y premian la posesión de papeles y de reconocimientos, por encima de la formación de competencias profesionales regidas por sus propias premisas éticas.

El trabajo social, en conjunto con el resto de las disciplinas de las ciencias sociales y demás ámbitos del conocimiento, deberá reflexionar y atender sobre todo las implicaciones y consecuencias que dicha práctica viene abonando en la seriedad de las mismas.

De no intervenir, se continuarán expandiendo tales acciones erróneas y reproduciéndose en cada ámbito educativo, demeritando la calidad de los estudios en cualquier nivel.

Replanteando los propósitos disciplinares

Sin ánimo de una falsa arrogancia moralista, se podría decir que la aparición del trabajo social como disciplina no coincide con que las cosas existan. Ya existen y dicha profesión ha participado para que las cosas y los fenómenos se hagan visibles. Es por ello que hablar de la educación bulímica, la *puntitis*, la academia de papel, los desafíos en la construcción de la identidad, las crisis en la formación de los profesionales, y las endeble competencias, entre otras consideraciones, es una responsabilidad que le compete al mismo profesional, sobre todo, en antologar dichas prácticas y dinámicas, al igual que el señalar sus posibles contribuciones históricas, abonando a la generación de una sola visión de los hechos, retratando con ello sesgos en vez de escenarios reflexivos integrales.

Por ejemplo, el profesional debe participar, de igual forma, en narrar y reconocer aquellos hechos relevantes que se han desdibujado en sus procesos de aprendizaje y construcción como disciplina científica, como el hecho de ir desvirtuándose como profesión en su fortaleza de intervención social frente a los posicionamientos del científico social. En las academias desafortunadamente los discursos multidisciplinares han sido más contundentes, que los propios disciplinares. Señalando ello, no con la intención de una crítica banal, sino como una

reflexión que permita mantener los equilibrios en la formación del mismo profesional.

El ser intelectual, más allá de representar un ser *snoob* de la ciencia, representa un individuo con un papel histórico, caracterizado por su militancia en la escena pública y por sus opiniones activas y pertinentes de los aconteceres cotidianos de la sociedad que representa. Mientras que, si sólo se mantiene regurgitando los mismos conocimientos generados desde el escritorio, representará a un personaje que solamente se alimenta de las imágenes y que, desde su escritorio y visión parcial, quiere emitir sus opiniones; desde las charlas de café, o foros privados, que nada aportan, quiere cambiar las cosas y lo único que incita es el culto al ego y a la persona.

El analfabetismo, o poca credibilidad de los textos científicos o referenciales del trabajo social, que pueden ser seducidos por la "*puntitis* o academia de papel"; contribuye en restar, más que en sumar, limitando con ello los procesos de sistematización de las experiencias profesionales donde hoy día debemos reconocer que debe haber cabida a todo tipo de literatura, incluyendo la poesía, la literatura general, novela, cuentos, o cualquier otro insumo intelectual que puede enriquecer la intensidad de las experiencias y por ende, la escritura y sus descripciones; recordando que al hablar y al pensar ya se está comenzando a escribir, y mientras más escritos se consuman (de todo tipo de literatura y textos), se acrecentará el alfabetismo disciplinar, así como el adecuado manejo y codificación mediante el uso de las palabras. "Se escribe cuando se habla, se piensa y se expresa".

Con miras a una construcción de identidad más sólida y alejada de prácticas que opacan la veracidad de las acciones, en ocasiones el discurso disciplinar ha rayado en la parsimonia, es decir, un sosiego por los intereses políticos, o económicos ante lo cual no se debe olvidar que lo que distingue a la profesión es lo opuesto, es su espíritu combativo y crítico, en permanente lucha a favor de todas aquellas causas que garanticen el atender las desigualdades sociales. Es por ello que el trabajo social así como aquellos espacios formativos, como las universidades, representan por excelencia territorios de crítica y reflexión. Donde es posible aseverar que si no se fortalece el perfil con identidades y fortalezas referenciales, se verá siempre reflejado en la poca monta de su remuneración, vinculada con las percepciones salariales, o hasta con el tema de la promoción de escalafones, o asignación de puestos gerenciales y de toma de decisiones.

La identidad disciplinar, como todo un proceso integral de formación, y contraste entre el ser, el deber ser y el hacer, de igual forma exige el reconocer que el cambio del lenguaje es necesario. Este ha mutado y se ha vertido hacia distintos ámbitos como el político, cultural, e ideológico, económico, tecnológico, entre otros escenarios, lo que debe motivar hacia la reinención de nuevas cosmovisiones del mundo, dando con ello la pauta para fortalecer las congruencias de los propios protagonismos en un mundo cambiante y dinámico.

Las filiaciones disciplinares pueden ser arma de dos filos. Por un lado contribuyen a fortalecer el perfil profesional, sin embargo, distancian el propósito natural de la profes-

sión, en su esencia de intervención si sólo se privilegia un ámbito, como puede ser la pura investigación social, o la *puntitis*, o la academia de papel, o cualquier otra práctica, que nos aleja de las posiciones antitéticas que implican procesos de antítesis, así como de revisión de todo el conjunto de oposiciones que enriquezcan al mismo profesional en su propia construcción de identidad.

Del culto al ego, al cumplimiento del papel histórico

La reflexión sobre la formación de los trabajadores sociales en la actualidad plantea nuevos retos, particularmente por las condiciones cambiantes de tipo sociales, económicas, culturales y políticas que imperan. Según Brain y Ornelas (2011) dichos contextos promueven el valorar desde ópticas críticas las realidades y fenómenos sociales, así como una permanente actualización desde miradas multidisciplinares y metateóricas que impacten en el diseño de las currículas, y por ende, en la formación de competencias profesionales cada vez más pertinentes a los contextos que den respuesta a la complejidad de las nuevas problemáticas en las que se habrá de intervenir. Sosteniendo los mismos autores, que las estructuras curriculares deben ser acordes a los nuevos tiempos, distinguidos por su capacidad por atender los desafíos, sin dejar de lado el atender los valores democráticos y la construcción de nuevas ciudadanías como parte de los procesos de alfabetización de los mismos sujetos.

Es por ello que no sólo los académicos que forman trabajadores sociales, o los profesionales que atienden las necesidades y problemas desde su trinchera de injeren-

cia, están obligados a reflexionar, analizar y actuar sobre el tipo de formación teórica-práctica y metodológica que se ofrece a los estudiantes, para dar oportunidad de integrar un proceso constructivo y colaborativo fundamentado en la diversidad de conocimientos, en permanente cambio y construcción relacionados con el trabajo social y otras disciplinas sociales. La responsabilidad es compartida y, al margen de los egos, se adquiere una responsabilidad histórica en la cual todos debemos participar (Brain y Ornelas, 2011).

Particularmente en México se puede reconocer que se estudia y se escribe sobre la disciplina y sobre su quehacer profesional, aunque su producción de conocimiento aún no alcanza estándares que impacten en un alfabetismo integral del mismo profesional, o que contribuyan a cambiar los estereotipos negativos que la sociedad tiene de sus funciones, más allá, que "el quitar niños", condiciones que inhiben la posibilidad de fortalecer las identidades, lo que provoca a su vez que los estudiantes del trabajo social conozcan sólo una o pocas perspectivas teóricas o metodológicas a través de libros y documentos que se han desfasado de su momento histórico, o que expresan conceptos y categorías que en muchos casos, no apoyan su formación para la interpretación de las realidades que se les presentan y en las que intervienen (Brain y Ornelas, 2011).

Estas condiciones, aunadas a la carente crítica, o ante el nulo cabildeo intelectual, o frente a los prejuicios disciplinares o dogmas clásicos que lo único que inflan es el ego, no contribuyen al fomento de los espacios reflexivos, críticos y de construcción de nuevos

saberes en donde la comunidad del trabajo social en su colectivo participe como un gran festín de las ideas. Es cuestionable que los académicos o profesionales que están obligados moralmente a reflexionar, analizar y luego actuar sobre el tipo de formación teórica-práctica y metodológica que se ofrece a los mismos estudiantes y a la sociedad en general, no lo hagan. La razón es que pesan más sus parciales perspectivas, o limitaciones personales y carentes fortalezas que, a fin de cuentas, son las que se transmiten.

Sin darle la oportunidad a las nuevas generaciones a integrarse a un proceso constructivo y colaborativo producto de sus propias inquietudes, investigaciones, conclusiones y elecciones, fundamentadas en la diversidad de conocimientos en permanente cambio y construcción, relacionados con el trabajo social y otras disciplinas sociales y al privar a las futuras generaciones de eso, se les estaría sentenciando a "una muerte anunciada" (Brain y Ornelas, 2011).

A modo de conclusión: por un trabajo social evolucionado

El trabajo social debe ser entendido como una profesión basada en la práctica y una disciplina académica que promueve el cambio y el desarrollo social, la cohesión social y el fortalecimiento y la liberación de las personas. Una profesión que basa sus principios en la justicia social, los derechos humanos bajo una responsabilidad colectiva y de respeto a la diversidad, apoyada por las teorías del trabajo social, las ciencias sociales, las humanidades y los conocimientos indígenas, que en todos sus procesos involucra a las personas, así como a las estructuras, de tal

forma que le permitan el hacer frente a los desafíos de la vida y aumentar a su vez el estado de bienestar. Estas premisas instalan los deberes básicos de la profesión, lo que le permite encauzar sus esfuerzos hacia el desarrollo de la conciencia crítica, a través de la reflexión sobre las fuentes estructurales de opresión y/o privilegio, de tal forma que su acción les posibilite emanciparse de ellas (IFSW, 2023).

Este marco reflexivo debe representar el rumbo de la brújula del conjunto de acciones que distinguen al mismo profesional, recordando en todo momento que "gana las batallas quienes tienen la mayor cantidad de monopolios" bajo los cuales se controla y se domina, y se puede ejercer violencias estructurales y simbólicas. El Estado, con sus visiones dominantes, con sus formas de control como el asistencialismo, el clientelismo, o cualquier otra práctica de manipulación, debe representar el enemigo a vencer, entrenando para ello la capacidad de análisis, de crítica, pero sobre todo de propuestas viables, desde la propia congruencia disciplinar y ámbito de injerencia, en pro de mejorar los estados de bienestar, y acortar las brechas de las desigualdades sociales.

Para ello, se tendrá que reflexionar desde una ubicuidad del trabajo social que siempre será vigente en función de su vinculación con la misma naturaleza humana y sus fenómenos y se fortalecerá en la medida de sus interacciones e identificación de las necesidades sentidas, bajo el reconocimiento de las relaciones antagónicas con los contextos y protagonistas históricos que, a fin de cuentas, contribuyen a delimitar la naturaleza de la actuación profesional. De tal forma que

el alto calado disciplinar se ira acortando y cristalizando. Es decir, se reducirá esa distancia vertical entre las necesidades sentidas de la población y la capacidad de respuesta que minará paulatinamente los efectos placebo de la llamada "política clientelar".

Ahora bien, se debe reconocer que la seducción portentosa de un trabajo social singular, por su capacidad de alcance y por su novedad, puede causar admiración. Sin embargo, en su opuesto, por sus prácticas inadecuadas, los egos, y las necesidades personales, dicha visión puede cambiar y generar decepciones a su paso. Hasta el punto de construir una imagen de la práctica que incurre en excesos, y participa en los libertinajes que promueve el asistencialismo; que ofrece sólo placeres laxos y carnales de la atención social. Por ello, el pensar y repensar sobre dichos tópicos, así como el reconocer que las líneas que son tan delgadas y se pueden cruzar fácilmente, es lo que nos debe mantener alertas y conscientes sobre dichas implicaciones.

De igual forma, el dessexualizar al trabajo social y centrarlo en su naturaleza de ser, y su aporte al estado de bienestar, podría ser un avance para no distraer los discursos ni las acciones, desmoronando con ello el culto a la lucha de géneros, o el tributo a las autoestimas frágiles, que sólo abonan a un fundamentalismo miope centrado en debates placebo, y la promoción de competencias sin sentido. Es decir, para ser un buen profesional, se debe en principio reconocer tanto sus fortalezas y áreas de oportunidades, sus perfiles, habilidades, conocimientos, talentos, pasiones o motivaciones que arrojan su sentir y congruencia. Para ello se tendrá que

alejarse de los canibalismos, que sólo revelan el nivel primitivo del debate donde se trata desesperadamente que las opiniones ego-céntricas dominen sobre la razón.

No hay que olvidar que la superioridad política y disciplinar que pueden ofrecer los títulos, puestos o grados de estudio, es el resultado del ego y de una visión distorsionada de los principios ético-morales. Donde importan más los ideales, por encima de los intereses, que a fin de cuentas, las llamadas geografías políticas o del pensamiento, como la izquierda o la derecha, los liberales, o conservadores, a fin de cuentas pierden sentido de ser, frente a la razón, frente a las congruencias, y los ideales. Esto para enriquecer las ideas, el debate y la toma de decisiones. La polarización de las ideas lo único que genera es un antagonismo sin sentido que no construye, al contrario, divide. Lo más importante no es lo que se diga de uno mismo, sino lo que uno mismo diga

de uno. Es por ello que si se renuncia a los ideales, se estará cediendo un lugar vital en la toma de decisiones y de autonomía del pensamiento y se volverá esa marioneta del sistema que seguirá abonando a las felonías del trabajo social.

Reflexionar sobre los autoritarismos dogmáticos dentro de la misma disciplina, o aquellas felonías en las cuales se puede incurrir al no mantener una actitud reflexiva y crítica, es en lo que nos debemos centrar en todo momento, no como un ejercicio de expiación de culpas, sino como la oportunidad de generar nuevas ideas, así como la posibilidad de contribuir en la creación de diferentes ecosistemas. La reflexión permanente, contribuye de manera directa no solamente a la formación de trabajadores sociales, sino que representa esa amalgama de nuevos ciudadanos y seres humanos conscientes de su propósito en esta vida, en su momento histórico correspondiente.

Referencias bibliográficas

- Alayón, Norberto (1980). El asistencialismo en la política social y en el Trabajo Social. *Revista Acción Crítica*, # 7. Julio 1980. Lima – Perú. Publicación del Centro Latinoamericano de Trabajo Social y de la Asociación Latinoamericana de Escuelas de Trabajo Social.
- Alayón, N. (1989). *Asistencia y asistencialismo ¿pobres controlados o erradicación de la pobreza?*. Buenos Aires: Hvmánitas.
- Arroyave López, Alejandra María; Chavarria Zapata, Sandra Liliana (2013). La historia de trabajo social, elemento constitutivo de su identidad. *Revista Eleuthera*, vol. 8, enero-junio, 2013, pp. 271-283. Universidad de Caldas
- Audelo Cruz, Jorge M. (2004). ¿Qué es clientelismo? Algunas claves para comprender la política en los países en vías de consolidación democrática. *Estudios Sociales*, vol. 12, núm. 24, julio-diciembre, 2004, pp. 124-142, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C. Hermosillo, México.
- Brain Luisa y Ornelas, Adriana (2011). Formación de trabajadores sociales: las encrucijadas. *Boletín Electrónico Surá* # 179, Junio 2011. Escuela de Trabajo Social - Universidad de Costa Rica. www.ts.ucr.ac.cr
- Camelo, A. y Cifuentes, R.M. (2006). Aportes para la fundamentación de la intervención profesional en trabajo social. *Revista Tendencias & Retos* 11: 169-187. <http://revistas.lasalle.edu.co/index.php/te/article/view/1596/1472>

- Cifuentes, R. M. (1999). *La sistematización de la práctica en Trabajo Social*. Buenos Aires: Lumen, colección procesos y políticas sociales.
- Cifuentes, R.M. (2009). Consolidación del trabajo social en las ciencias sociales: desafío y horizonte en la formación profesional en Colombia. *Eleuthera* 3: 40-71.
- Cifuentes Gil, Rosa María (2022). *Trabajo social: integración metodológica, sistematización e interdisciplinariedad. IV Congreso Internacional de Trabajo Social: Trabajo Social y transdisciplinariedad en el siglo XXI*. Universidad Autónoma de Juárez, división multidisciplinaria en Nuevo Casas Grandes, Programa de Licenciatura en Trabajo Social, Academia de Trabajo Social. <https://ts.ucr.ac.cr/binarios/pela/pl-000420.pdf>
- Foucault, M. (1999). *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Volumen II. Barcelona: Paidós.
- Gómez-Lobo Dugo, Daniel (2013). Ensayando el trabajo social. Reflexiones de un trabajador social recién egresado. *Trabajo Social Global. Revista de Investigaciones en Intervención Social*. Vol. 3, nº4. Junio 2013, 177-194
- Ghiso, A. M. (2008, Octubre). FUNLAM. Retrieved Octubre 2010, from ALFORJA: <http://www.alforja.or.cr/sistem/sistemold/Articulo FUNLAM.pdf>.
- Howe, D. (1999). *Dando sentido a la práctica: una introducción a la teoría del trabajo social*. Granada: Maristán.
- Hirsch Adler, Ana (2012). Conductas no éticas en el ámbito universitario. *Perfiles educativos vol.34 no.spe* Ciudad de México 2012. Perfiles educativos versión impresa ISSN 0185-2698. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982012000500013
- Hernández, Lorenzo (2010). *La "educación bulímica". Sección: Enseñanza*. Ciencia online. <https://www.cienciaonline.com/2010/12/12/la-%E2%80%99Ceducacion-bulimica%E2%80%99D/comment-page-1/> .
- International Federation Of Social Workers (IFSW) (2023). Definición Global del Trabajo Social. <https://www.ifsw.org/what-is-social-work/global-definition-of-social-work/definicion-global-del-trabajo-social/>
- Kisnerman, N. (2005). *Pensar el Trabajo Social una introducción desde el construccionismo*. Buenos Aires: Lumen Hmanitas.
- Matus, T. 2002. *Propuestas contemporáneas en trabajo social: hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Moreno Hernández, Ofelia; Pérez Casillas, Irma y Leticia Martínez Pérez (2020). Reflexión de la práctica: la profesionalización del docente. *Revista digital universitaria*. Vol. 21, núm. 5 septiembre-octubre 2020 https://www.revista.unam.mx/2020v21n5/reflexion_de_la_practica_la_profesionalizacion_del_docente/
- Morin, Edgar (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa.
- Medina García, Jessica (2015). Puntitis: el acúmulo desmesurado de puntos. *Index Enferm vol.24 no.1-2* Granada ene./jun. 2015. <https://dx.doi.org/10.4321/S1132-12962015000100023>
- Netto, J. P. (2005). *La reconceptualización continúa viva, 40 años después*. In N. Alayón, Trabajo Social Latinoamericano a 40 años de la reconceptualización. Buenos Aires: Espacio.
- Ortega, M.B. (2015). Trabajo social como transdisciplina: hacia una teoría de la intervención. *Cinta moebio* 54: 278-289. www.moebio.uchile.cl/54/ortega.html
- Ortega, M.B. (2013). Sistemas, tridimensionalidad y deconstrucción: aplicando complejidad a la investigación social antropológica. *Revista Mad* (28): 61-70. doi: 10.5354/0718-0527.2013.26948
- Quiroz, M.H. (2010). El aporte de Edgard Morin. Trabajo social y pensamiento complejo. En: S. Iturrieta y D. Sánchez. *Perspectivas de trabajo social: Reflexiones acerca de la disciplina*. Santiago: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 157-173.
- Real Academia Española (2023). *Definición sobre Militancia*. <https://dle.rae.es/militancia>
- Sousa Santos, B. (2003). *Um discurso sobre as ciências*. Porto: Edições Afrontamento.
- Tibaná, D. (2009). *Fundamentación de la intervención de Trabajo Social. Sistema conceptual y avances*. Trabajo de grado para optar por el título de Trabajadoras Sociales. Bogotá: Universidad de la salle, Programa de Trabajo Social, Línea construcción disciplinar
- Vélez, O. (2003). *Reconfigurando en Trabajo Social. Perspectivas y tendencias contemporáneas*. Buenos Aires: Espacio ed.